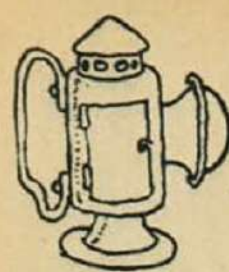


"La sección de detenidos en Valparaíso, 1916"

Sucesos 739, 23 de noviembre de 1916

EL ÁLBUM
HISTÓRICO
DEL PARQUE
CULTURAL
EX CÁRCEL



La sección de detenidos en Valparaíso

Si cuando visita la cárcel de Valparaíso sufre uno la impresión de entrar a un rancharío de la colonia, la sección de detenidos nos da, en cambio, la sensación de algo reluciente y nuevo, recién salido de la mano del hombre.

Los tres juzgados del crimen funcionan en un flamante edificio de dos pisos, en la Avenida Independencia, edificio que ocupa una manzana. En los altos, entrando por la Avenida, funcionan los Juzgados, en los bajos están los detenidos, y se entra por la calle de Buenos Aires.

Nos atiende amablemente el alcaide, D. Francisco Benavides. Es todo lo contrario del carcelero con cara de esbirro que todos más o menos llevamos en la imaginación. De modo que la primera impresión de los que caen no debe ser de miedo; acaso se hará en ellos más fuerte la esperanza.

—¿Es verdad que aquí suelen haber hasta trescientos reos?

—No tanto... no tanto.



Al centro el Alcaide de la Sección, D. Francisco Benavides; a su derecha el practicante; a su izquierda el oficial de Estadística D. Oscar López.

—No, nos explican.—Estos son los recién caídos, por diversos delitos, hasta por ebrios. Aún no los ha interrogado el señor juez de turno.

Son esos, pues, los de la última hornada, sacada por la policía en las calles del puerto. Habrá entre ellos más de uno con instintos criminales y otros que no tienen otro pecado que aquel por el cual nuestro antepasado Noé se hizo risible ante sus hijos.

—A éstos no se les puede fotografiar, nos agregan... No los ha visto el juez.

Mientras el juez no les ponga su marca, nadie debe tocarlos. Y hay para esto una razón muy atendible: algunos serán inocentes y no conviene que aparezcan entre los pillos.

Más adentro, en dos calabozos semejantes, con ese aspecto de jaulas para encerrar leones, se agrupan otros reos.

—Estos—nos dicen—están actualmente en sumario.

Son los que ya le han visto la cara al juez y han sufrido interrogatorios. De la voluntad de un hombre depende que salgan a la calle o continúen a la sombra. Esto de «sombra» tiene aquí una aplicación exacta, porque en tales calabozos la luz no es lo que abunda.

Aquellos hombres que visten pobremente—algunos no tienen ni chaqueta—se agrupan a la reja y nos miran con la curiosidad que miran los animales expuestos en los jardines zoológicos.

Y seguimos andando...

—Este es el calabozo de los niños.

Difiere de los otros porque la puerta está abierta. Unos ocho



Un calabozo de los detenidos en sumario. Al frente hay otro calabozo igual, también con reos en sumario.

—Nos habían dado este dato. —Es que muchos de los «chicheiros», condenados a cinco días, van a la cárcel, para hacer el aseo. Lo ordinario es que haya aquí alrededor de doscientos detenidos.

Observamos los patios. Se ven limpios, bien asoleados. Tanto puede ser aquello una cárcel como un colegio. No debe pasarse allí del todo mal.

Pero cuando entramos al patio de la derecha, nuestra opinión cambia un poco. Al frente una reja alta, algo que nos da la sensación de una jaula para encerrar animales feroces, y detrás en lo oscuro unas cabezas desgredadas que se asoman. Hombres encerrados como fieras... ¿son acaso grandes criminales? Y preguntamos...



El calabozo de los menores de edad; aprehendidos por hurto.